

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin, Pbro. Augusto Zampini, Pbro. Andrés Di Ció, Arq. Adolfo Mazzinghi.

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. José Rovai (Córdoba), Prf. Dr. Raúl Valdez
Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Luis Baliña</i>	3	Editorial: rol cultural del testimonio
<i>Martín Grassi</i>	9	Hermenéutica y metafísica del testimonio
<i>Francisco Bastitta Harriet</i>	21	Compartir desde la fragilidad: testimonio y fuente de alegría verdadera
<i>Paola Delbosco</i>	27	Ser madre
<i>Adolfo Mazzinghi</i>	31	Johannes Vermeer de Delft: El pintor como testigo
<i>Robert Vorholt</i>	43	Testimonio y martirio
<i>Andrés Di Ció</i>	55	El escándalo: del anti-testimonio al testimonio
<i>Emmanuel Housset</i>	67	Dar testimonio y recibir el testimonio
<i>V. Neckebrouck</i>	79	Testimonio de la palabra y testimonio de la vida
<i>Mariana C. Facciola</i>	91	Reflexiones desde los márgenes
<i>Philippe Richard</i>	95	Bernanos, el sacerdote y la comprensión de la piedad

BERNANOS, EL SACERDOTE Y LA COMPRESION DE LA PIEDAD

*Philippe Richard**

Al Padre Daniel Boichot (+)

Mientras que la crítica literaria considera al sacerdote como único mediador¹, la crítica de Bernanos prefiere verlo como testigo simbólico². Sin embargo los resultados no han satisfecho las expectativas: establecer que el sacerdote está conformado con Cristo y deseoso de convertirse en un artesano de la salvación equivale, en efecto, a afirmar la tautología de su identidad sacerdotal. Sin duda sería mejor discernir la forma misma que da ese personaje a la arquitectura de la obra que lo incluye. Sin búsqueda de originalidad exploratoria en textos que no discuten el fondo del *Catéchisme romain pour les curés* de 1566, llamado “del Concilio de Trento”, enseña que los sacerdotes “representan para nosotros el poder y la majestad del Dios inmortal³”. Desde *Sous le soleil de Satan* a *Monsieur Ouine*, los sacerdotes de Bernanos se encuentran efectivamente confrontados con la violencia de una sociedad que se hunde, pero se convierten en ella en los testigos de la resistencia de un Dios que se encoleriza contra el pecado y compromete al hombre a abandonarse a la compasión⁴. La deconstrucción

* Profesor de letras clásicas, miembro de l'Ecole doctorale de l'Université de Paris IV-Sorbonne, enseña en el Collège Saint-Louis de Gonzague y en la Faculté de Philosophie de l'Institut Catholique de Paris

¹ Así en A. BLANCHET, *Le prêtre dans le roman d'aujourd'hui*, Paris, Desclée de Brouwer, 1955.

² Ese movimiento es particularmente evidente en Michel ESTEVE, *Le Christ, les symboles christiques et l'Incarnation dans l'œuvre de Bernanos*, Lille, ANRT, 1982.

³ Esta mención se encuentra en el cap XXVI, 1 de *Romae apud Paulum Manutium*, Roma, Vaticana, 1566.

⁴ Corresponde a Hans Urs von BALTHASAR haber pensado de nuevo en la cólera di-

sacramentaria de André Blanchet podrá, por tanto, parecer muy particular —“...estamos ante un testigo de Dios mas que de un ministro de la Iglesia... Hace (...) penar... a un monje abandonado en un pueblito, mejor aún, a un simple laico tocado por el Espíritu. Todo lo que es este cura podría serlo un laico; todo lo que hace él, un laico podría hacerlo⁵”, en la medida en que la debilidad del sacerdote no haga mas que manifestar un anonadamiento en Dios que constituye su signo personal, así manifestado en un triple movimiento: cólera, eficacia y compasión (la parábola católica de la redención).

Testigo de la cólera de Dios

El sacerdote de Bernanos es ante todo el que debe anunciar al mundo el aborrecimiento fundamental de Dios contra el pecado⁶. Desde la primera novela, la única preocupación del padre Donissan es cooperar con la victoria de la Cruz, símbolo eficaz del juicio y de la cólera de Dios, y de rechazar al demonio⁷. Tal es la extenuante misión de aquel que parece consagrado a ella: *“Ah! Ah! Padre mío, Padre mío! He deseado apartar de mi esta cruz! Es posible! Yo la vuelvo a llevar siempre. Sin ella mi vida no tiene sentido: el mejor se convierte en uno de eso tibios que el Señor vomita. En la terrible miseria, humillados, pisoteados por el mas vil, que seríamos nosotros, si no sintiéramos, al menos, el ultraje! El no es del todo dueño del mundo, mientras que la santa cólera inflame nuestros corazones, mientras que una vida humana lance el Non Servian a su cara⁸”*.

vina como posibilidad incluso de la liberación del hombre; tal es *“fait de boire la coupe (de la colère apocalyptique)”* en *Pâques, le Mystère*, Paris, Cerf, coll. “Traditions chretiennes” n° 2, trad. R. Givord, 1981, p. 95.

⁵ Ver A. BLANCHET, op. cit., p.60..

⁶ Estas citas de la Escritura (Ez. 7,19-24; So 1, 14-18; Dn. 8,19) están ligadas a la redención crística (Mt. 3,7 y 18,34; Lc. 21,22 ss, Jn 3,36; Rm. 1,18 y 2,5-8; I Cor. 5,5; Ef. 2,3 y 5,6, I Tes. 1,10; Ap. 2,21 . . .).

⁷ Es una vez más H. U. von BALTHASAR que une la cólera de Dios con la eficacia del actuar del Hijo: *“La colère de Dieu contre le rejet de son amour atteint de plein fouet un autre amour divin, celui du Fils, lequel s'expose à la colère, la désarmé et la rend littéralement sans objet”* (*Dramatique divine III, L'action*, trad R.Givord et C. Dumont, Namur, Culture et vérité, coll. « Horizon » n° 3, 1990, p 352..

⁸ Ver *Soleil* (los textos citados de Bernanos han sido tomados de la edición de *Oeuvres romanesques de la NRF*, ed. por A. Beguin (Paris, Gallimard, coll. “Bibliothèque de la Pleyade”, 1962).

”El tono y la cólera del sacerdote asumen la primera y “*santa cólera de Dios*” contra el mal, y la resistencia espiritual subrayada por el apóstrofe latino “*Non Serviam*”, impregnada de cólera, se convierte en el reflejo mismo de esta pasión por la Cruz inherente al sacerdote, puesto que “*sin ella, la vida no tiene sentido*”. Siguiendo el arco preciso entre cólera, Cruz, y negación del mal, el ser íntimo del sacerdote se comprende así como el abandono espiritual en el misterio de la expiación del sujeto, en la purificación eficaz de Dios en sí. Todo heroísmo se alcanza abandonándose al partir en provecho de la simple necesidad íntima del ser sacerdotal “*he deseado apartar de mi esta cruz*”⁹ y la retomaba siempre”⁹. Un solo signo basta, por otra parte, para alcanzar a preparar la inminencia del juicio divino: “*Señor, no es verdad que te hayamos maldecido; que perezca antes ese mentiroso, ese falso testigo, tu irrisorio rival! (...) Pero nos queda el sufrimiento, que es nuestra participación contigo, el signo de tu elección, heredado de nuestros padres, más activo que el casto fuego, incorruptible... (...) Es por su grito de dolor que se expresa la raza humana, el lamento arrancado a sus flancos con un esfuerzo desmesurado. Nos has echado a la espesura como levadura. El universo, que el pecado nos ha quitado, lo recuperaremos pulgada por pulgada, te lo devolveremos tal como lo recibimos en su orden y su santidad en la primera mañana de los días... (...) El más vil de los hombres lleva en sí su secreto, el del sufrimiento eficaz, purificador... (...) Después de mí otro, y después otro, de edad en edad, elevando el mismo grito, teniendo abrazada la Cruz*”¹⁰.

El sacerdocio opera entonces aquí lo que el significa, en la medida en que el motivo otra vez repetido de la Cruz abrazada, lejos de ser un simple recurso temático, unifica estéticamente la narración: después de haber ofrecido en la soledad, de manera rabiosa, su sufrimiento voluntario por el mundo (por la flagelación, Donissan acaba su vida con un abandono de expiación propiamente ministerial (en el confesionario), en el cual libera a los pecadores quemando su mal en el fuego de la cólera de Dios. A la sombra de la Cruz, es abrazar el mismo arco entre cólera, Cruz, y negación del mal, para designar la (santa) cólera (redentora) de Dios¹¹.

⁹ Ver sin embargo a Marthe MOLINARI “*Donissan le champion de Dieu*” Etudes bernanosiennes n^o3/4, Paris, Minard-La Revue de lettres modernes, 1963 (2), p.107-137.

¹⁰ Tal es el fin altamente expresivo del *Soleil*, p.307- 308 y como su recuperación hermenéutica.

¹¹ Se podría decir que Bernard VERNIÈRES recupera demasiado sintéticamente las apues-

Testimoniar en la debilidad del pobre

Es con esta condición que el sacerdote se convierte en aquel que testimonia por los más débiles, nombrando a ese traidor en quien nadie quiere siquiera pensar: « *Satan! el nombre volvía sin cesar a sus labios, y el lo pronunciaba con un acento extraordinario, que te atravesaba el corazón. Si estuviera permitido a los ojos humanos entrever al ángel rebelde, (...) tales palabras lo hubieran evocado, porque ya su sombra estaba entre nosotros dos, humildes sacerdotes, en el pequeño jardín. (...) Habría que oír a este hombre venerable, transfigurado por el horror, como transportado por el odio, evocando (...) el trabajo del odio en las almas, y hasta en los ojos de los infortunados, convertidos en presa del demonio, donde su mirada visionaria veía dibujarse trazo por trazo la agonía de Nuestro Señor sobre la Cruz* »¹². La cólera, odio al pecado pero no al pecador, conduce de nuevo al espíritu al pie de la Cruz, y Satán denunciado pierde entonces todo su influencia cuando el pobre Sabiroux recobra la santidad primera de su ministerio gracias a la afirmación de esta alianza entre la cólera (exclamación del narrador), la evocación de la Cruz (significado de la lectura) y la salvación en acto (visión del personaje). Escapar de la cólera de Dios consiste, en suma, en adoptar el sentido inverso del arco entre cólera, Cruz y negación del mal, ubicándose en la huella del Hijo asumiendo el mal por la Cruz y dando vuelta la polaridad de la cólera —eso por sus virtudes, que son, como en tantos momentos narrativos de la obra: la obediencia (el P Donissan que se deja enviar a la Trapa para salvaguardar la paz de la diócesis), la aceptación del abandono por parte de Dios (no comprende más su misión y expía así las infidelidades de la parroquia), el deseo intransmisible de salvación (no desea más que merecer por los demás) y la consideración amorosa del “drama del Calvario”¹³: “*Al odio aterrador que cubre al justo que expira, todo es concedido, lo deja abandonado a su suerte. La carne divina no está sólo desgarrada, esta afectada, profanada,*

tas al escribir que “*el centro de gravedad de la existencia y la fuente del apostolado del santo de Lumbres no son otros que la contemplación de la Cruz y la identificación con Cristo crucificado*” (ver *Bernanos: l'aventure humaine dans “Sous le Soleil de Satan”*, Paris, Minard, coll. “La Thesotheque” n° 24, 1992, p. 147.

¹² Ver *Soleil*, p. 259.

¹³ Ibid., pa 2555. Pero acaso “el pobre sacerdote torturado” de *Ouine* ¿no tiene una majestad semejante? (p.1518).

Bernanos, el sacerdote y la comprensión de la piedad

por un sacrilegio absoluto, hasta en la majestad de la agonía... ¡La irrisión de Satán, mi amigo!; La risa, el incomprensible del gozo de Satán!...” Comprendemos que a A. Giacometti haya declarado, en ese sentido, que el sacerdote de Bernanos: “*jamás es tan santo como en el momento que confiesa que Satán lo va ha hacer rodar como una piedra*”¹⁴. Pero, verdaderamente, es en el hecho de ser envuelto por la cólera de Dios, por la Cruz y por la negación del mal, que él se engaña.

Testimoniar en todas las circunstancias

Es por la inclusión de su vida en tal envilecimiento, que el personaje se encuentra constituido en toda su densidad sacerdotal- tenga conciencia de ello o no. Con Cénabre y Espelette, que sufren también como a pesar de ellos y participan entonces del movimiento parabólico cuyo centro es la Cruz, la cuestión del “*mal sacerdote*” pierde inmediatamente toda pertinencia, desde el momento en que el orbe de la cólera de Dios continúa siendo operante para permitirnos comprender el ser. “*Yo no hablo del mal sacerdote. O más exactamente el mal sacerdote es el sacerdote mediocre. El otro es un monstruo. La monstruosidad escapa a toda medida común. ¿Quién puede conocer los designios de Dios sobre un monstruo? ¿Para qué sirve! ¿Cuál es la significación espiritual de tan sorprendente desgracia?*”¹⁵. Sin duda, es necesario abandonar nuestras consideraciones discursivas sobre lo que nos sobrepasa, y postular que todo personaje puede, al menos, alcanzar su redención. “*Un Dios celoso ... (...) Porque es aún una de las profundas y sagaces lecciones del padre Chevance, que lo que importaba, ante todo, era apartarse lo menos posible de ese punto preciso en que Dios nos deja, y donde puede encontrarnos en cuanto le plazca*”¹⁶. Si es difícil no comprender “*ese punto preciso donde Dios nos deja*” como ese punto en donde El nos abandona, hay que darse cuenta sin embargo de que el sacerdote nos alienta aún entonces, que designa la proximidad de Dios en el seno de su aparente alejamiento, y orienta a las almas a la persona segura que las elevará.

¹⁴ Ver Antonio GIACOMETTI, “Georges Bernanos, l’auxiliaire”, *Cahiers du Rhône*, «Essais et témoignages» reunidos por A. Béguin (correspondencia, cartas y artículos), Paris, Seuil, 1949, p.87.

¹⁵ *Journal*, p.1089.

¹⁶ *La Joie*, p. 258.

La cólera, en Dios, se abre entonces sobre el amor: ” *¡Esta clase de gracias!...El primer movimiento del alma es huir. Se puede entender de muchas maneras, la palabra del Libro: “Es terrible caer en las manos del Dios viviente”*. *¡Que digo! ¡Entre sus brazos, sobre su corazón, el corazón de Jesús!*”¹⁷. No es sorprendente entonces que el sacerdote no tema al mundo ni a su cólera, porque lo preserva justamente la propia cólera de Dios que llega hasta deslizarse en la propia cólera de este último y puede servir todavía a su propia cólera y a su amor. Esto es lo que mejor revela la entrevista del cura de Ambricourt y la condesa, en un pasaje en el que el interés narrativo es mucho menos la conversión de una parroquiana endurecida que la revelación de nuestro arco uniendo cólera, Cruz y negación del mal, que marca toda la identidad personal del sacerdote: “*La dureza de vuestro corazón puede separarlo de él para siempre.- Usted blasfema, Dios no se venga.- El no se venga, esas son palabras humanas, no tienen sentido mas que para usted.- Mi hijo, ¿me odiará quizás ? El hijo que yo he llevado, que yo he nutrido!.- Usted no odiará, usted no se reconocerá mas.- Cállese.- No, yo no me callaré, señora. Los sacerdotes se han callado demasiado a menudo, y yo quisiera que fuera solamente por piedad. Pero nosotros somos cobardes. Una vez sentado el principio, dejamos decir. Y ¿que han hecho del infierno, ustedes? Una especie de prisión perpetua, similar a las de ustedes... (...) ¿Que espíritu sensato, qué corazón altivo aceptará sin aversión tal imagen de la justicia de Dios? (...) Un castigo eterno aceptado, una eterna expiación – el milagro es que podamos tener idea aquí abajo que mientras que la falta, apenas ha surgido de nosotros, basta una mirada, un signo, un llamado mudo para que el perdón caiga encima, de lo alto de los cielos, como un águila. Ah! es que el más miserable de los hombres vivientes, aunque crea no amar más, guarda todavía el poder de amar. Nuestro odio mismo irradia y el menos torturado de los demonios se expandiría en eso que llamamos desesperación, como en una luminosa, una triunfante mañana*”¹⁸. He aquí como la separación de un Dios inflamado de cólera lleva a un real abandono, nacido de la cólera pero exento él mismo de todo cólera (“*usted no se odiará, usted no se reconocerá más*). La función del héroe no es aquí mas que nombrar al “mudo” llamado de Dios, el que equivale “al poder de amar” y hace suceder inevitablemente la salvación.

¹⁷ *Journal*, p.1041.

¹⁸ *Ibid*, p. 1156-1157

Testigo del poder de Dios

Pero el sacerdote según Bernanos será también el que anuncie la eficacia absoluta y a veces paradójica de los caminos divinos. El cura de Ambricourt, junto a la condesa, se retira para dejar obrar a Dios. ” *Es ante usted que yo me rindo.- Ante mi! -Sí, usted. Yo he ofendido a Dios, he debido odiarlo. Sí, creo que me habría muerto con este odio en el corazón. Pero yo no me rindo sino ante usted. Yo soy muy pobre hombre. Es como si usted pusiera una moneda de oro en una mano agujereada.- Hace una hora mi vida me parecía bien en orden, cada cosa en su lugar, y usted no ha dejado nada en pie, nada.- Désela a Dios tal como esta.- Yo quiero dar todo o nada, somos hijas hechas así.- Délo todo* ¹⁹”. Se abre aquí con una violencia totalmente profética la dialéctica mística del todo y nada, llevando al hombre a rendirse en una proporción que tiende hacia el infinito, en la cual Dios se da a sí mismo, por el ministerio de un personaje, sabiendo sin embargo, que literalmente, él no puede nada, bendiciendo y dándolo todo aún estando vacío y abandonado de todo: “*Quédese en paz*”, le había dicho. Y ella recibió esta paz de rodillas. *¡Que la conserve siempre! ¡Soy yo quien se la ha dado! Que maravilla poder hacer el regalo de lo que no posee uno mismo, oh dulce milagro de nuestras manos vacías!*²⁰; “*Para cualquiera que tenga el hábito de la oración, la reflexión es a menudo más que una excusa, que una manera disimulada de confirmarnos en una decisión. El razonamiento deja convenientemente en la oscuridad lo que deseamos mantener escondido. El hombre de mundo que reflexiona, calcula sus oportunidades. Pero ¿medir nuestras oportunidades, nosotros, que hemos aceptado de una vez para siempre la terrible presencia de lo divino en cada instante de nuestra pobre vida? A no ser que se pierda la fe – ¿y qué le queda entonces, puesto que no puede perderla sin negarse?- un sacerdote no sería capaz de tener una visión tan clara, tan directa de sus propios intereses,- podríamos decir tan ingenua, tan candorosa – de los hombres de mundo. Calcular nuestras oportunidades, ¿para qué?, no se juega contra Dios*²¹”. Que el sacerdote abandone este estado de oración constante o de fe viva, calculando demasiado humanamente o dejando de anunciar lo que cualquier otro hombre podría muy bien hacer en su lugar, perdería todo: “*Yo no hablo acá como un director de conciencia, tomen nota. Hablo como hombre, humanamente.- Me doy cuenta por demás. Usted no tiene por mí más que*

¹⁹ *Ibid*, p. 1163.

²⁰ *Ibid*, p. 1169-1170.

²¹ *Ibid*, p. 1034.

una piedad humana. ¿Es eso entonces lo que ha venido a traerme hasta aquí? ¿Es por tan poca cosa que usted rompe el silencio? Y bueno, el silencio era mejor²²". Tal es, en efecto, el caso de Cénabre en este pasaje que sigue a su proposición de dirigir a Chantal hacia el convento. Pero no olvidemos que sus palabras son enunciadas en tanto son palabras sacerdotales, y que, en ese sentido, no pueden abandonar el designio divino que las inspira desde siempre hasta siempre. Ahora, es precisamente por ellas que Chantal se da cuenta que debe abandonar todo a Dios. El movimiento narrativo no tarda en subrayarlo, cuando la mano "consagrada" de Cénabre es besada por Chantal: "*Pero, apenas hubo visto ella, posada sobre su pecho, esta mano consagrada, lanzó una especie de gemido lúgubre... (...) Pero la retuvo al pasar, y, llevándosela a sus labios, la besó²³*". El sacerdote no había acaso afirmado un poco antes, sin duda sin saber que hablaba tan certeramente: "*Ah! Hija mía. , no se sabe con qué profundidad entra en nosotros el carácter sacerdotal!²⁴*".

Testimoniar en el silencio

Si el sufrimiento interior es entonces capaz de destruir las barreras que se pretendían erigir entre Dios y uno mismo, la palabra no sería a veces necesaria, la presencia del sacerdote se vuelve entonces misteriosamente eficaz en sí misma para provocar los cambios mas inesperados; tal es el singular desenlace de *Un mauvais rêve* aliando el carácter sobrenatural de la aparición del sacerdote a lo puramente inesperado de la presencia del ser. "*Ninguna mentira le vino a los labios, y por otra parte, ella hubiera juzgado vana cualquier mentira. Ese sacerdote fantástico, surgido dos veces de las tinieblas, sabía todo. Le quedaba una sola oportunidad quizás, la de reco-*

²² *La Joie*, p.698.

²³ *Ibid*, p.705. Tomemos nota de que William BUSH había considerado este punto en *Souffrance et expiation dans la pensée de Bernanos*, Paris, Minard-Lettres Modernes, coll. "Thèmes et mythes", n°8, p. 79 "Para el padre Cénabre, personaje de mayor importancia, la simpatía de Bernanos no podría dudarse. Después de haber renegado de su fe, continúa con su ministerio de sacerdote pero esta impostura se vuelve más humana por sus luchas interiores. Si el sacerdote es redimido por la muerte de Chantal, sus angustias lo habían de algún modo preparado para esta acción expiadora de la santa jovencita. Este aspecto sufriente de Cénabre debe contrabalancear el otro aspecto, hecho de tanto orgullo y tanta mentira".

²⁴ *La Joie*, p. 694.

nocer su fúnebre presencia, confesarse vencida...²⁵". Es verdad, que "confesarse vencida" es a lo que debe tender toda alma que pretenda permitir a Dios reinar en sí mismo en lugar de uno. Se encuentran entonces las dos figuras de Bernanos del sacerdote y el que se ha rebelado: "Los personajes rebeldes deben ahora correr el riesgo de la salvación, hacer el gesto de abandono entre las manos de Dios, aceptar el despojo total que el sacerdote exige de ellos sea por las palabras, sea por la simple presencia (...) (Ellos deben apostar: su propia vida, desesperada pero conocida, contra la promesa de una paz desconocida, azarosa puesto que no tienen más que la palabra del sacerdote para asegurarles su existencia. ...) El lector también debe fiarse de la palabra del sacerdote, porque entre los casos en los que el personaje acepta el desafío (Mouchette, la condesa, Chantal) no hay más que uno solo que ofrece una prueba objetiva de que la solución elegida es la buena²⁶". Toda la organización novelesca lo enuncia en verdad.

Testimoniar en la angustia

El texto no nos entrega intervenciones sacerdotales menos poderosas reflejando el arrebató inmediato de Dios contra el mal. Si las escenas del exorcismo pudieran representar una especie de atajo narrativo del primero al último episodio del arco ligando la cólera, con la reducción del mal por la Cruz, obedecen, de hecho, a la misma estructura que los pasajes de desposeimiento precedentemente citados, porque la necesidad del abandono del personaje en Dios, y la misión para la que ha sido consagrado, están planteadas como condición indispensable para el despliegue de su poder. Sea que Dios esté considerado como fuente del actuar, y no hay por tanto, más que esperarlo para que el exorcismo venga de arriba y quiebre lo que debe ser quebrado – en un esquema descendente que postula la calma y el deseo confiado: "Cállate, respondió el abate Donissan, con la misma calma. La prueba viene de Dios. Yo lo esperaré sin querer aprender nada, sobre todo de tal boca. Es de Dios que yo recibo en esta hora la fuerza que tu no puedes quebrar²⁷". Sea que el actuar de Dios es visto en la realidad misma- en un esquema horizontal que por lo tanto, tiene su raíz en la se-

²⁵ *Un mauvais rêve*, p. 1027.

²⁶ Ver Colin NETTELBECK, *Les personnages de Bernanos romancier*, Paris, Minard, coll. "Situations" n° 25, 1970, p. 99-100.

²⁷ *Soleil*, p. 180.

guridad confiada de que el ser está destinado a Dios “*Suficiente! Me dijo ella con voz sorda. Sólo los ojos no pedían gracia. No había visto jamás, no veré jamás sin duda un rostro tan duro. Y sin embargo, no sé que presentimiento me aseguraba que allí estaba su mayor y último esfuerzo contra Dios, que el pecado salía de ella*”²⁸. No está, entonces, señalado directamente el término del arco (la negación del mal), sino ante todo, y para siempre ya, su centro que es la Cruz expiadora sobre la que el Hijo espera todo del Padre en un perfecto abandono. La narración de Bernanos sigue en esto un proyecto coherente, partiendo primero de la cólera para caminar después por la Cruz, centro alrededor del cual todo acontece y que lleva al sacerdote mismo, en el abandono que le es propio, y llega por fin a la confianza: “*Dios mío, es a causa del desorden de mi pensamiento, de mi corazón? ¿La angustia que sufro es contagiosa? Tengo, desde hace algún tiempo, la impresión de que mi presencia basta para hacer surgir el pecado de su guarida, lo trae como a la superficie del ser, en los ojos, en la boca, en la voz ... Se diría que el enemigo desprecia quedarse escondido ante un adversario tan enclenque y viene a desafiarme en la cara, se ríe de mi*”²⁹. En esta debilidad aparente y asumida, que viene de la cólera y va hacia un mayor bien, Satán es engañado hasta en la absolución sacramental, que salva penitente y confesor sean cual sean las circunstancias de su aplicación: “*Hubiera deseado que usted me bendijera, decía tristemente el abate Chevance ... (...) en la terrible prueba en que lo veo, cualquier otro acto de nuestro ministerio le sería, ciertamente, imposible. Pero ¿quién de nosotros ante los mismos pies del diablo, no podría bendecir en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? Ah! mi amigo, ¡eso es verdadero, eso es seguro! Usted puede, sin sacrilegio, invocar sobre un hermano apenas menos miserable que usted esta gracia de la que en este momento esta vacío. ¡Escúcheme! Haga ese signo al menos –incluso con indiferencia – incluso en la perversión de la voluntad...*”³⁰. La diferencia entre el sacerdote y Chantal, contrariamente a lo dicho preliminarmente por A. Blanchet, es otra vez notoria: si el primero tiene por función activa ser ministro, la segunda no posee más que un rol pasivo de consejera. Tanto como esta joven recibe y espera que vengan a ella, Donissan va a buscar a Mouchette, y el cura de Ambricourt a la hija de la condesa. La joven recibe al fin todo de un sacerdote, Chevance, mientras que los sacerdotes reciben todo antes de Cristo y de su compasión por ellos.

²⁸ *Journal*, p. 1139.

²⁹ *Ibid*, p. 1149.

³⁰ *L'Imposture*, p.348.

Testigo de la compasión de Dios

Así se comprende que la compasión se imponga como último movimiento, reflejo del don de Dios por el mundo y prueba de la eficacia del sacerdote contra el mal. Toda mirada amorosa del uno anuncia la mirada amorosa del otro: “*Y ¿qué falta lo hubiera encontrado renuente? ¿Qué lodo lo hubiera repelido? Ya su mano se levanta para bendecir, y la misericordia divina, de la que estaba colmado, vibraba en su palma, confundida con la efusión de su propia vida*³¹”. Si el vocablo mística de la efusión acompaña muchos momentos importantes de la narración de Bernanos, nada parece detener aquí la expansión de la compasión, ni el pecado, ni el alejamiento. La limpieza del movimiento retórico, con la mano que se eleva, la misericordia que vibra, y la vida que fluye en el sujeto, puede serenamente acompañarse de una real audacia teológica en la medida en que, del perdón que puede alcanzar a cada hombre, el novelista parece pasar inmediatamente al reconocimiento del pecador como ya, desde siempre, víctima de Satán, en consecuencia, no enteramente culpable, y por lo tanto, en gran parte, no responsable del mal en el mundo. La cuestión ya había sido ejemplarmente abordada por Donissan desde la primera novela: “*Deje ese pensamiento, dice. Usted no es culpable de ninguna manera ante Dios de tal asesinato. Tanto como en ese mismo momento su voluntad no era libre. Usted era como un juguete, como una pequeña pelota de niño, entre las manos de Satán*” “*Tu vida repite otras vidas, todas iguales, vividas sin relieve, justo al nivel de los pe-sebres donde los animales comen su grano. Si! Cada uno de tus actos es un signo de uno de los de aquellos que salen de ahí ...*³²”. Así se revela el sacerdote que uno ha podido creer obsesionado por el pecado y que sostiene aquí la anexión del campo de la libertad humana por Satán, para consolar al hombre de ese gran peso que es la responsabilidad del acto malo, matando de un golpe esa culpabilidad inadmisibile que conduce a la desesperación³³. La humillación (Cénabre víctima de las vejaciones de la extrema indulgencia), el atavismo (Mouchette víctima de una ascendencia degenerada), o la violación (Quine víctima de un profesor pederasta), son, en efecto, de esas situaciones que pueden finalmente liberar al sujeto pecador.

³¹ *Ibid.*, p. 344.

³² *Soleil*, respectivamente p. 200 y 204.

Testimoniar en la esperanza

Nos cuidaremos de olvidar que la cuestión está aquí abordada por un sacerdote, en un contexto preciso que no se erige en una solución hermenéutica global, y en los estrictos términos del abandono en el arco de actuar de Dios (cólera, Cruz, negación del mal). El pasaje no sería atendible sin eso. Donissan, precisa, por otra parte, con la autoridad que le confiere el sacerdocio, que él ve en el presente a Mouchette como objeto de la cólera de Dios, y que la Cruz y el sufrimiento han alcanzado su mundo por el asesinato y los sentimientos de odio y de culpabilidad que nacen de allí, y que el actuar de Dios no puede, en consecuencia, sino llevar a la negación del mal- en una palabra, a la misericordia. La última aparición narrativa de Monseñor Espelette, cuando la totalidad del arco del actuar de Dios se ha ya desplegado para él, quebrando las reticencias, no lo presenta en plan de defender la memoria de Chevance: “*Querido amigo, objeto el sabio prelado, temo que después de la muerte del bueno de Chevance usted no sea víctima de una especie de idea fija. (...) Qué tiene usted que reprocharle al santo sacerdote, cuya simplicidad permanece, al contrario, como una gran lección para nosotros? A despecho de inofensivas manías, (...) era un hombre sensato, que dejaba obrar a la Providencia* ³⁴”. Tal referencia al abandono en la Providencia divina no puede sino subrayar la doble expresión del arco de actuar divino y de su misericordia. Si *L'imposture* nos ha presentado efectivamente a Monseñor Espelette como probado por la cólera de Dios durante el episodio de la desgracia de Pernichon (a causa de su hipocresía inicial y el sentimiento de su propia vacuidad), *La Joie* nos muestra, en el presente, al mismo sacerdote confesando la bondad de Dios visible en la santidad de un colega, santidad que le hace a su vez confesar el abandono. Chevance comunicará esta misma compasión a Cénabre: “*Pero algo removía en él el eco de una voz familiar, la última que le hablaba este lenguaje, y era como un presentimiento, de una pesadumbre inefable, que jamás, nunca jamás- jamás!- conocería esta sobrenatural piedad, porque él no la desearía nunca jamás* ³⁵”. El léxico del sobrenatural subraya en-

³³ Se debería aquí reconocer que Max MILLER ha descuidado ese punto; ver “Expérience du mensonge et théologie du péché” *Etudes bernanociennes* n° 12, Paris, Minard-La Revue de lettres modernes, 1971, p.107-137, p. 195-215.

³⁴ *La Joie*, p. 631.

³⁵ *L'Imposture*, p. 356.

Bernanos, el sacerdote y la comprensión de la piedad

tonces todo derecho el enunciado (“presentimiento”, “inefable”, “desear” y por supuesto, “sobrenatural”³⁶), el sacerdote, habiendo hecho verdaderamente entrar a su interlocutor en la dimensión trascendente, donde el diálogo puede desplegarse entre un Dios lleno de misericordia y un hombre que reencuentra su verdadera vocación, figurado adecuadamente por este “eco de una voz familiar”.

Testimoniar en la caridad

En efecto, es la compasión de los unos por los otros, de Chevance por Cénabre, de Dios por Chevance y Cénabre, de Cénabre por sí mismo, que permite que sea audible un tal despliegue en el espacio de la novela; y si la revelación es confiada primero a un sacerdote en el ejercicio de su misión sacerdotal, es sin ninguna duda para que el sufrimiento, como punto segundo del arco se explicita a su vez como aún mayor que la experiencia misma de pecado, relegado por su parte al tercer punto: “*Quien busca la verdad del hombre debe asumir su dolor, por un prodigio de compasión, y qué importa conocer o no la fuente impura?*” “*Lo que yo sé del pecado –decía el cura de Ars, lo he aprendido de la boca misma de los pecadores*”. *¿Y que había escuchado, el noble niño anciano, entre tantas confidencias vergonzosas, murmuraciones inagotables, sino el gemido, el estertor del deseo extenuado, que hace estallar los pechos más duros? ¿Qué experiencia del mal superará la del dolor? ¿Quién va más lejos que la piedad?*³⁷”. Puede entonces permanecer por encima de toda compasión, erigida por la progresión misma de los textos como una auténtica clave hermenéutica permitiendo comprender a los defensores y los que llegan al arco del actuar de Dios, y permiten particularmente al sacerdote explicitarlo al mundo. Ahora bien, una misión novelesca que consiste en enunciar narrativamente una realidad sobrenatural que las palabras se esfuerzan en delimitar textualmente, parece muy bien ser la más bella función a la que pueda aspirar un personaje: “*Traducir lo inefable o lo no formulado en inteligible comunicable requiere un uso nuevo de la escritura.(...) El escritor no es para Bernanos un sucedáneo irrisorio del*

³⁶ Estos términos han sido explicitados por Monique GOSSELIN en el propio campo de las investigaciones bernanosianas “esta caracterización designa fragmentos de escritura que se apega a formular por el lenguaje las aventuras interiores y las relaciones con Dios concebidos al mismo tiempo como inexpresables o indecibles” (*L'écriture du surnaturel dans l'oeuvre romanesque de Georges Bernanos*, Paris, Aux amateurs de livres, vol II, 1989, p. 417).

³⁷ *La Joie*, p. 561.

sacerdote: tiene una función paralela no entre Dios y el hombre, sino entre los hombres modernos y lo sagrado...³⁸. Se hace posible entonces hablar en Bernanos, de una auténtica “*inteligencia de la piedad*” desplegada por el texto, y escribiendo, auténticamente, la encarnación ³⁹. He aquí porque el sacerdote debe ser el primero en abandonarse en Dios. Escuchemos una vez más a Chevance: “*Yo no puedo más que esto por usted: déjeme ceder mi lugar a Dios. No cometeré la locura de fiarme de mis propias luces. ¡No! ¡No cometeré esta locura!*⁴⁰”. El sacerdote de Bernanos es entonces ese personaje que apela a los hombres y testimonia la dimensión irrevocablemente trascendente del relato que lo contiene – trascendencia no solamente interna, sino que viene también a solicitar al lector como del exterior de sí misma. Ciertamente, estamos allí proyectados en plena mística. Pero pensar que la ambición novelesca del escritor no deba llevarnos hasta ese nivel de exigencia equivale a perderse. Se devela en consecuencia, bastante claramente, la razón de la permanencia de ese personaje tan particular en la obra de nuestro autor: el sacerdote permite a tal punto resolver, tanto narrativa como estéticamente, las problemáticas espirituales suscitadas en el mundo contemporáneo que no tiene ninguna necesidad de buscar en esta materia la explicación política que sea⁴¹. La poética novelesca es simplemente y plenamente consciente de sí misma: “*la ficción se presenta entonces como el lugar en que se despliega la cuestión ontológica del sentido y la del mal. La dimensión poética y mítica de esos relatos muestra que Bernanos no resuelve filosóficamente estas cuestiones. Parece continuar así con todo una tradición mística, devaluada por la Iglesia después de la época barroca, de modo que sin ninguna voluntad apologética, se une con la visión de Juan Evangelista, de Ruysbroeck, de Juan de la Cruz y de Teresa de Avila* ⁴²”. Bernanos continúa toda una tradición mística. Ni más ni menos.

Traducción: Inés Vaccarezza

³⁸ Ver M. GOSSELIN, *L'écriture du surnaturel...* op. cit. vol I, p. 61.

³⁹ Pensamos en el libro de Emmanuel HOUSET: *L'Intelligence de la piété. Phénoménologie de la pitié*, Paris, Cerf, coll. “*La nuit surveillée*”, 2003.

⁴⁰ *L'Imposture*, p. 343.

⁴¹ Ver M. KOHLHAUER: « Roman, pamphlet et politique de l'écriture bernanosienne » *Paradoxes et permanence de la pensée bernanosienne*, Paris, Aux amateurs de livres, 1989, p. 35-49. Solo el título hace estremecerse. El autor afirma que a partir del *Journal* (las certezas de la teología dan el lugar a la cuestión filosófica” p.42 y que el pasaje de “la novela polémica” a una” política de la novela” conduce a” la ruptura con la escritura tradicional, no problemática”. Nosotros no sabíamos que sólo la filosofía era la única consistente a los ojos de la teología, ni que el *Soleil* carecía de problemática.

⁴² Ver M. GOSSELIN, *L'écriture du surnaturel ...* op. cit. T. I., p.24